

# Pasión por leer

LECTURAS PARA COMPARTIR



Paul Valéry

"En la edad más tierna, apenas termina de cantársenos la canción que hace que el recién nacido sonría y se duerma, se abre la época de los cuentos. El niño los bebe como bebía su leche... Dios sabe cuántas horas he perdido para calmar con magos, monstruos, piratas y hadas la sed de pequeños que gritaban "¡Más!" a su agotado padre."

Campana Nacional de Lectura



H 0022638

26/01/2007





## EL NEGRO DIANA

DE CHAMICO (CONRADO NALÉ ROXLO)



Cada vez que la ciudad se embandera para una fiesta patria surge de la niebla dorada de mis recuerdos de niño, como de una olvidada caja de sorpresas, la figura simpática y estafalaria del Negro Diana, nombre con el que pasará a la Historia tanto cuanto pueda mi pluma cariñosa, pues si otro nombre tuvo, yace bajo el polvo con olor a pesos arrugados de las canchas de taba o en el fondo de los vasos -iay, rotos hace años!- de la ginebra buena y barata de los boliches de mi pueblo y de mi infancia.

El Negro Diana, a quien siempre se había conocido ya viejo y borracho, fue en sus mocedades clarín de caballería. El nombre de Negro le venía fácilmente de su color y el apellido Diana de la costumbre de ir a despertar con su clarín, en las mañanas frías de mayo y de julio y en otras que se verá, a los militares retirados que vivían en el pueblo.

La costumbre de la diana recordatoria no era invento suyo, pues quien tenga memoria y años suficientes recordará los grupos de soldados viejos que en las fiestas patrias iban a tocar diana a la puerta de sus antiguos jefes, ganándose así una propina.

El Negro Diana era una especie de santo alcohólico en estado de gracia permanente, pues jamás lo vi sin su suave aureola de borracho tranquilo y añorante. Lo malo, no para mí, sino para los espíritus secos y amigos de la tonta verdad, es que puesto a añorar se le iba el recuerdo hasta mucho más allá de lo que habitualmente dan las fuerzas humanas. De copa en copa, de batalla en batalla se iba como sin sentir del Parque a Caseros y, ya en la pendiente inclinada, se dejaba resbalar osadamente por las laderas de los Andes hasta Chile, siguiendo al Ejército libertador.

Cuando se desbarrancaba de aquel modo en la Historia, los tertulianos del boliche soltaban grandes risotadas, le pagaban el último trago y le volvían la espalda, como hacen siempre las personas incomprensivas cuando se encuentran ante una hermosa fantasía.

Entonces era cuando yo me bajaba del tercio de yerba, desde donde había escuchado en silencio, y le preguntaba:

—¿Es cierto, don Diana, que un cóndor siguió durante todo el viaje al Ejército libertador?

—¡Claro que es cierto, y el mismo general le daba de comer en el pico! ¡Pajarito lindo!...

Después llegaba en sus recuerdos a extremos en que a mí mismo, lo confieso con rubor, me flaqueaba la fe. Solía decirme:

—La primera vez que me mamé fue en Yapeyú, el día en que se corrió la noticia de que acababa de nacer el general San Martín...

Pero ésas son otras músicas, vayamos a sus dianas.

Los militares retirados a quienes saludaba con su clarín en las fiestas patrias eran, a falta de otra cosa, esos tres o cuatro comandantes de revoluciones uruguayas que nunca faltaban en aquellos tiempos en ningún pueblo argentino normalmente constituido.

El que los comandantes fueran de la otra banda, reportaba al pobre negro doble beneficio, pues no sólo les tocaba el clarín el 25 de mayo y el 9 de julio, sino que también los despertaba con su estridente taratí el 18 del mismo mes y el 25 de agosto.

Los buenos comandantes de lejanas patriadas se emocionaban y retribuían generosamente el soplo heroico que les entraba por los postigos, reviviendo el oro marchito de sus galones.

Pero, como es de suponer, las cuatro tocatas anuales no alcanzaban a don Diana para vivir y beber razonablemente, y así, cuando la necesidad lo apretaba se ponía a sonar el clarín a la buena de Dios, que venía a ser la mala de la Historia, aunque fuera el 2 de noviembre, debajo de las ventanas de sus marciales protectores.

Se abría un postigo, y la soñolienta y económica esposa del héroe de turno le decía:

—Se ha equivocado, don Diana, váyase y vuelva en fecha.

Pero él, que preciso es confesarlo, era un poco chantajista, seguía soplando el bronce y escandalizando la calle; despertando vecinos, haciendo ladrar a los perros y formarse el corrillo de vascos lecheros y madrugadores; era lo que él quería, público.

Entonces el buen comandante no tenía más remedio que asomarse, darle las gracias y unas monedas, aunque fuera el 28 de diciembre.

No faltó comisario nuevo que tuviera la mala ocurrencia de meterlo preso por malversación de fechas, como dijo uno textualmente, pero se vio obligado a no insistir porque Diana era muy querido y, además, porque la ingenua malevolencia del pueblo gozaba con los sobresaltos que daba a los tranquilos veteranos.

Pero con el correr de los años y aflojarse los tornillos más de la cuenta, el Negro Diana se convirtió en un motivo de constante intranquilidad para el vecindario, pues comenzó a repartir grados militares a diestro y siniestro y a decretar fiestas patrias por su cuenta, y ya no pasaba día sin que el clarín atronara frente a todas las puertas cotizables.

Y aquí quisiera no seguir escribiendo para bien de todos, pero ya estoy lanzado con mi máquina como el Negro con su clarín y no puedo detenerme. Tímpanos cansados y bolsillos egoístas movieron duras manos y alguien le robó el clarín.

No soy lo suficientemente cruel para describir su decadencia... Cuando lo velamos en el fondo de la comisaría, una mano anónima y arrepentida colocó entre las suyas, inmóviles para siempre, el hermoso clarín, que ahora debe estar sonando alegremente entre las arpas de los ángeles.

Extraído del texto *Mi pueblo*,  
© Ediciones Colihue.





## INTRUSISMO

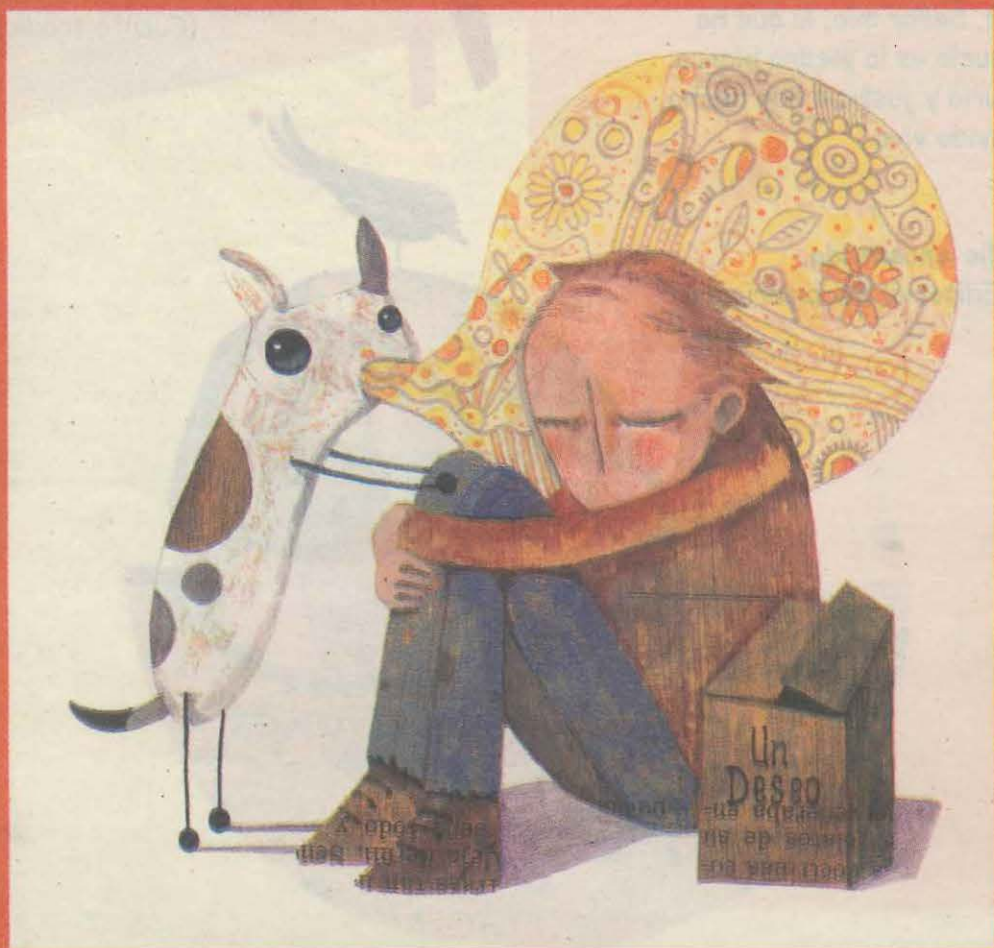
DE ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Cuando Magdalena me propuso su plan le di a leer, para disuadirla, aquel cuento de Anderson en el que un pícaro consigue introducirse en una casa ajena, domina a su dueña primero con zalamerías, luego con amenazas, y acaba por apoderarse de todos sus bienes. Magdalena no dio señas de entenderme. Insistió en lo suyo. Entonces tuve que mostrarle las inconveniencias con brutal claridad. Tampoco vio la luz. La tozuda quiere que viva con nosotros un perfecto desconocido. Si fuera por un fin de semana, vaya y pase, pero no: ella misma admite que el desconocido necesitará cuidados especiales, una atención constante. Magdalena no se fija en gastos. Parece creer que soy un burro de carga que debe mantener, no sólo a ella, sino también a quien ella traiga. Techo, alimentación, ropas, todo para el

intruso, quien seguramente nunca devolverá los beneficios recibidos. Le he dicho: "Querida ¿y si resulta una persona desagradable?". A Magdalena no le importa. Tampoco le importa que la intimidad de nuestra vida matrimonial sea alterada, quizá destruida, por las miradas de un tercero. Para convencerme me habla de no sé qué compensaciones: de la gratitud, por ejemplo. ¿Gratitud? ¡Bah, hay tantos desagradados! El argumento preferido de Magdalena es que "todo el mundo lo ha hecho durante muchas generaciones y mientras el mundo sea mundo seguirá haciéndolo". Puede ser, pero ¿a mí qué? yo no soy convencional. Prefiero el divorcio antes de que mi mujer traiga a casa ese hijo.

(Dos mujeres y un Julián, 1982)

© Anderson Imbert, Enrique, "Intrusismo", en *Dos mujeres y un Julián. Cuentos 4. Obras Completas*, Buenos Aires, Corregidor, 1999, pág. 410.



## POESÍAS

DE RUBÉN VELA

### LA MUERTE Y EL OLVIDO

Deja pasar a los que aún esperan  
y escriben en los vidrios  
los nombres amados.

Para vivir hay que perder.

Es la voz de los estruendos  
cuando dije te amo  
y era una palabra fácil  
lo que hoy se resiste en mi boca.

Ese rostro lo vi, fue mío,  
esos vestidos se abrieron a mi paso,  
la calle te cruzaba como un paisaje ciego  
y allí, allí te veo,  
quería tanto verte  
que me encierro como un enemigo  
en la gran estatura de la noche.

Cuando ella regrese  
estaré lleno de olvido.

En "Rubén Vela - Obra poética 1953-2004, Ensayos Críticos", 89 pág., Editorial Vinciguerra, 2006.

### HOMBRES DE MI CIUDAD

Ellos  
han pasado  
a mi lado.

Se esfuerzan por vivir.  
Tienden sus manos a la vida.

Nada tan fácil.  
Nada tan difícil.

Han pasado a mi lado  
pronunciando tu nombre.

Llevaban  
tu soledad en alto

como una dura bandera  
hecha de lutos y fracasos,  
de desesperado amor,  
de invencible alegría,  
Buenos Aires.

En "Rubén Vela - Obra poética 1953-2004, Ensayos Críticos", 290 pág., Editorial Vinciguerra, 2006.



## Guijarros blancos, Guijarros negros de María Teresa Andruetto

Del sultanato de El Katar era sultán un hombre cruel llamado Talafú.

La ocupación preferida de Talafú era descubrir enemigos y destruirlos.

Cierta vez condenó a muerte a un hombre joven perteneciente a la estirpe de los abasíes.

Y como era cruel de la crueldad más refinada, quiso que la hermosa mujer de aquel hombre se convirtiera en su verdugo.

Ella se llamaba Sadha y era hermosa de toda hermosura.

El sultán la mandó llamar y le dijo:  
"Tu marido está condenado.

De ti depende ahora su suerte.

Yo te daré dos piedras del camino,  
una negra y una blanca para que  
tú las escondas una en cada mano.

Luego elegiré con el índice uno de los  
puños, uno de los guijarros.

Si al azar elijo el guijarro  
blanco, dejaré libre a tu amado.

Si al azar elijo el guijarro  
negro, lo mataré."

Y diciendo esto partió con la joven y con su séquito hacia el camino que lleva a Dahna.

El camino a Dahna es de colores.

Guijarros blancos como la espuma blanca.

Guijarros color de arena.

Guijarros color de humo.

Guijarros azules como el cielo.

También guijarros negros.

A cada paso la joven asentaba sus sandalias sobre las piedras, deseando que el azar fuera generoso con ella.

Y a cada paso se le estremecían por el miedo las telas de la túnica.

Hasta que el sultán se detuvo. Y todos suspendieron la marcha.

Entonces Sadha observó con estupor cómo aquél levantaba del camino dos piedras, igual de negras,

igual de tenebrosas,  
igual de siniestras,  
y se las colocaba en las manos.

Pero se sobrepuso pronto a la maldad de ese hombre.

Apretó un guijarro en cada mano.

Y cuando el sultán, dueño de la vida y de la muerte, eligió una mano, ella aflojó presurosa los dedos y una de aquellas piedras negras cayó al suelo confundándose con los demás guijarros del camino.

Después, Sadha miró a Talafú y con un gesto de disculpa le dijo:

"Perdón, Señor mío, he sido torpe.

He dejado caer la piedra.

Pero no importa. Gracias a tu infinita sabiduría podremos saber de qué color era la piedra que se me ha caído al camino.

Bastará con ver de qué color es la que tengo en la otra mano..."

Abrió segura la otra mano, y todos vieron brillar sobre la palma un guijarro negro.

Entonces agregó:

"Ya lo ves, Señor mío, la que ha caído al suelo es la piedra blanca. Tu sabiduría y justicia han hecho que mi amado viva."

En *El anillo encantado*,

© 1993, Editorial Sudamericana

## Adivina, adivinador

Es redondo, es de goma,  
de madera o de metal.  
Y sale a dar mil vueltas  
porque le gusta rodar.

La rueda

## Don Pepito, el verdulero

Don Pepito, el verdulero,  
se cayó en un sombrero,  
el sombrero era de paja,  
se cayó en una caja,  
la caja era de cartón,  
se cayó en un cajón,  
el cajón era de pino,  
se cayó en un pepino,  
el pepino maduró  
y Pepito se salvó.

(Cuento tradicional)



Ilustraciones Gustavo Aimar \* Compiladora: Margarita Eggers Lan